



Allá, en el pueblo, los chicos tienen pocos juguetes. Quizá alguno tenga un balón o una escopeta pajarrera, pero lo normal es que los chicos se hagan sus propios juguetes de forma improvisada, según la inspiración del momento, con piedras, cañas, cuerdas. El pueblo estaba en una zona umbría, fresca, a orillas de un regato bien nutrido de nieve montañera, de regocijado fluir entre peñas pulidas. Los chicos que disponen de árboles, peñas y agus son los más ricos del mundo y los más felices.

Sebastián era hijo único, lo cual no era motivo de soledad en un lugar pequeño donde todos los muchachos juegan en la calle, llenan la misma escuela y participan de las mismas correrías. Y, sin embargo, Sebastián era un muchacho solitario, con una soledad desconcertante que ninguno comprendía. Cuando quería aislarse desaparecía, aun en medio de sus compañeros. Un día de excursión en que el maestro, un joven animoso y andarín, jugaba con ellos a esconderse, llegó a preocuparlos a todos porque, mucho después de que un equipo hubiera descubierto a todos los miembros del otro, Sebastián aún no había aparecido. Preocupado el maestro, sacó un pito, lanzando varias llamadas imperiosas. Y entonces, ante su asombro, Sebastián se levantó del suelo, donde estaba tumbado, allí mismo, casi a sus pies. "¿Dónde estabas?" "Ahí." "¿Todo el tiempo?" "Claro." Y porque el maestro había presenciado aquella extraña forma de mimetismo, no lo puso en duda. Turbado, observó al chico.

Una mañana de domingo en que el joven profesor recorría la orilla del río buscando un rincón donde sentarse a leer, lo vio un poco más allá. Sebastián estaba sentado al borde del agua, con las piernas dobladas, abrazadas las rodillas y la mirada fija en la corriente. Nada extraño, a no ser su inmovilidad. Una inmovilidad pétreo. El maestro leyó páginas. Leyó capítulos. Y cada vez que levantaba la vista veía al muchacho igual, quieto, impasible. Turbado y molesto, renunció a la lectura y recorrió la distancia que le separaba de su alumno. Este no mostró sobresalto al sentirse abordado. "¿Qué haces aquí tanto rato solo y quieto?" "Aprendo el río." Y había algo tan auténtico en su tono que el hombre volvió la mirada hacia el agua, buscando una explicación que no encontró. Mucho tiempo después, recordando la gente del lugar, relató sucesos extraños. Se contó que una tarde de otoño Sebastián, de unos once años por entonces, paseaba silencioso y triste sus pasos sin ruido sobre las hojas secas que cubrían el suelo y que su andar no hacía crujir, como si no las pisara. Dicen que le vieron agacharse, coger una hoja seca, contemplarla largo rato con tristeza y acariciarla. Y que,

al acariciarla, la hoja se volvió fresca y verde como una esmeralda. Decían que cuando don Julián decidió vender sus nogales para salir de deudas, el muchacho no perdió de vista un momento el trabajo de los serradores, que parecía disgustado, y que cuando cayó el último nogal se acercó uno a uno a los restos frescos y gruesos que quedaban sujetos a la tierra por enormes raíces. Sebastián parecía hablarles, murmurarles. Y dicen que al cambiar la luna, en los tonos, rehijo la savia y aun en pleno otoño se abrieron en brotes.

Cuando acabó la escuela se marchó a estudiar fuera. Aunque nadie hubiera sido capaz de especificar por qué, era idea difundida y aceptada la de que valía mucho. Estuvo años fuera, pasando en el pueblo solamente breves temporadas de vacaciones. Se había hecho un hombre alto, enjuto, anguloso. Tenía el cabello precocemente cano, muy espeso, rizado a mechones anchos como pétalos. Seguía siendo dulce y silencioso, sonreía a sus vecinos, se sentía atraído por los niños y tenía en las manos una increíble habilidad para tareas delicadas. Regresó al pueblo de forma definitiva al morir su padre. Nadie hubiera podido asegurar cuáles habían sido sus estudios, que debió dejar de lado para ocuparse de sus parcos haberes familiares. Andaba mucho. Andaba con tal ligereza que era difícil seguirlo. Se perdía por los bosques horas y horas, pero nunca se le veía vagar o vagabundear buscando un azar caprichoso, no. Siempre tomaba una dirección bien escogida y la seguía con aspecto seguro hasta desaparecer a lo lejos, o a lo cerca, confundido en el paisaje, borrado a los ojos de los demás.

Cuando murió la madre empezó a cambiar. O quizá solamente dejó acelerar un cambio que la lentitud hacía menos apreciable. Se volvió más seco, más curtido, más terroso. Sus ojos adquirieron una acuidad verdosa, sus labios descansaron en una media sonrisa arcaica y fija. Dejó de salir de casa. Paseaba por el jardincillo lento, muy lentamente, horas y horas, mirando a lo lejos, como esperando algo. Otras veces se sentaba en una vieja mecedora de mimbre, extendidas sus largas piernas ante él, quietos los brazos sobre los reposaderos. Aquella imagen de quietud sonriente se hizo habitual a los vecinos. El primero que se levantaba lo encontraba ya en la mecedora del jardín. El retrasado trasnochador que se recogía le daba el último saludo. Siempre sonreía. Los niños le querían y sabían estar quietos en su compañía. Sebastián les entregaba unos guijarros y los crios jugaban rato y rato con expresión extasiada. Luego contaban en sus casas: "Nos dio piedras preciosas, de colores. ¡Si vierais cómo brillaban!"

## OPINION

— Por Santiago PEREZ SIMON

## REGIONES QUE COLABOREN Y NO PROVINCIAS QUE OBEDEZCAN

*En los tiempos de Tschin, el verdugo mayor del reino había cortado mil cabezas. Adquirió tal destreza en su profesión que al llegar al delincuente "mil uno" ejecutó con tal elegancia que la víctima no lo notó, aunque su cabeza quedaba ya separada del tronco.*

Cuando de pequeños oímos, por primera vez, en las escuelas de nuestros pueblos hablar de las regiones, nos las dieron rotas en provincias.

¿Aragón? Tres: Zaragoza, Huesca y Teruel. ¿Galicia? Cuatro: La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra. ¿Andalucía? Ocho: Más pedazos porque es mayor.

Hecha provincias y pedazos, quedó disuelta la conciencia regional en las primeras lecciones de geografía.

Desde entonces, ¿qué fue de Castilla, Andalucía, Galicia, País Vasco y Cataluña?

La provincia, con todo su aparato burocrático, administrativo y político, es una unidad demasiado pequeña para afrontar planteamientos, sobre todo de tipo económico.

¿Acaso es pensable que Badajoz pueda desarrollarse sin Cáceres o sin Extremadura?

Todas las provincias, una a una y por separado, llegan a Madrid y

son para Madrid. Madrid planifica, proyecta, ordena, nombra y distingue. Más que al pueblo, la provincia está fijada y orientada hacia Madrid.

El poder, el miedo y el servilismo mantienen el equilibrio en las relaciones entre el gigante político de Madrid y las provincias.

¿Dónde ha quedado la región, las provincias organizadas por intereses comunes, históricos, lingüísticos, culturales y económicos? ¿Qué región planifica su propio desarrollo para contener las hemorragias mortales de la emigración, su ruina, su liquidación?

¿Hubieran emigrado en la última década cuatro millones de sus regiones de haber habido conciencia regional, solidaridad interregional?

¿No queda, según nuestra Constitución, rota y desarticulada la unidad nacional al desintegrar y destrozar sistemáticamente, por olvido o con malicia, las regiones, como elementos naturales desti-

*"Yo pensaba que me quería decapitar", dijo el delincuente, y el verdugo respondió sonriente: "Inclínese usted, por favor..., y verá."*

*En parecida situación a la del condenado de la China antigua se encuentran hoy día algunas regiones de España. Están decapitadas y no lo saben.*

nados a componers esa misma unidad?

Entre el centralismo absolutista de Madrid y el espolvoreo por el territorio nacional de provincias pequeñas y autónomas hay un terreno políticamente baldío: la Región.

Si en España hubiera existido una libre y vigorosa "conciencia regional", con fuerza y representatividad política, así como con capacidad de decisión, la emigración hubiera sido un 75 por 100 menor. Muchas regiones no serían hoy un desierto, y las concentraciones urbanas serían habitables.

## LA REGION Y SUS HABITANTES

Vicente Pérez Sabada se ha adentrado en el tema con profundidad, estudiando la interrelación región y habitantes de la misma. En su libro *Regiones naturales y regionalismo* dice:

Una mañana lo encontraron muerto. Muchos pasaron sin extrañarse demasiado de no recibir respuesta a su salud. No se atrevieron a tocarlo hasta que llegó el médico. El forense lo reconoció allí mismo y se asombró de su asombrosa sequedad. Era como una momia perfecta. El pasmo se extendió cuando quisieron transportarlo al interior de la casa. Dos hombres no pudieron. Cuatro, tampoco. Su peso era tal que no consiguieron moverlo. Entonces alguien descubrió que sus pies, medio ocultos por la hierba, habían echado poderosas raíces.

Ante semejante fenómeno fueron alertadas las autoridades y se montó guardia permanente para la custodia del cadáver. Los médicos que lo visitaban a diario no descubrieron el más ligero síntoma de descomposición, pese a que los rayos X, transportados hasta allí, acusaron la permanencia de todas las vísceras. Sólo de día en día se iba acentuando la leñosidad de su aspecto. Existía, y la prensa se hizo eco

de ella, una admiración por el fenómeno y una incomodidad por la presencia de aquel cadáver insensado. Se pensó serrar sus raíces como si de un tronco se tratase, pero nadie se atrevía, temiendo, no se sabe por qué, causar desperfectos en aquel cuerpo misterioso. Y mientras ocurrían sobre la conveniencia de construirle alrededor, sin intentar moverlo, una tumba decorosa, el encortezamiento de su aspecto se fue acentuando tanto que ya casi, más que un cadáver, parecía una estatua viejísima tallada en madera sin pulir, oscura de siglos. Por fin, temerosos de las sorpresas que aún pudieran provenir de aquel fenómeno, decidieron construirle, sin más demora, un sencillo panteón. Esto ocurrió el último día de cuarto menguante. Cuando tras una noche de impenetrable negrura empezó a levantar el día, los vigilantes de turno encontraron en su lugar un árbol recio y rugoso, en el que muy difícilmente se pudieron reconocer rasgos antropoides.